



REVISTA DE GERONA

LAS LLAVES PERDIDAS

TRADICIÓN POPULAR

III

(Conclusión)



A noche estaba aunque tranquila anubarrada. En aquel entonces el alumbrado de la población reducíase á pocos faroles en las principales calles y plazas, y á alguno que otro en los arrabales, donde sin los retablos y nichos de los santos, ante los que ardía por algunas horas amarillento cabo de cera, ó farolillo de luz mortecina, hubiera permanecido todo en la más completa oscuridad. Así se encontraban antes de la *queda* ciudad y barrios, muy á gusto de los que *mascaban hierro* ante las rejas de sus novias, y de los truhanes que ganosos de alijerar de capa y dinero á algún desdichado y solitario transeunte, se apostaban en los esquinazos y recodos de estrechos y tortuosos callejones, es-

collos y bajios de aquel mar de tinieblas, de los cuales se ven restos en la árabe Toledo, la morisca y oriental Granada y alguno que otro punto de Andalucía.

Aunque en Junio amanece temprano, aún no alboreaba cuando el tío Corro, saboreando su gozo por haber burlado la vigilancia de ciertos sabuesos del resguardo, y desempeñado su cometido á satisfacción propia y de sus clientes, entró en su calle embozado hasta las narices cual enamorado galán que no quiere ser conocido.

La calle estaba silenciosa como un sepulcro y oscura como boca de lobo; sin embargo, los ojos de Conejito avezados á sondear la lobreguez creyeron descubrir algo que se movía en la puerta de su casa. Paróse en su camino, requirió una de dos pistolas que cargadas de sal en el cinto llevaba. más bien con idea de inutilizar por el pronto, que de herir mortalmente al que le atacase, y con voz firme é imperiosa preguntó:—¿Quién vá?

—Ni van ni vienen; vecino de esta casa que espera en calma chicharacha favorable para entrar en ella:—respondió una voz de hombre algo enronquecida.

—¡Por vida de cien corachas del Brasil, que sino habla pronto su merced le envío una andanada que le impide salir á la mar por tiempo largo! ¿Qué hacia á estas horas en la calle? ¿no se fué á dormir á su cuarto?—Dijo el casero abriendo la puerta.

—Compadre,—replicó el patrón,—me pasa un caso raro; si á mal no lo tiene su merced, entraremos en su estancia y lo sabrá todo.—

La señora Fina esperaba levantada á su esposo; al verle con el compadre sobresaltóse; tranquilizóla luego la cara de pascua de Conejito y la maliciosa sonrisa con que dijo:

—No sé lo que le acontece al compadre: de seguro al salir de aquí se fué á picos pardos, y en algun garito perdió sus llaves.

—Perdidas las tengo: pero no en mal lugar; sino muy santo:—replicó el patrón sentándose y exhalando un suspiro. Conejito y Fina tomaron á su vez asiento instándole para que hablase.

Volvió á suspirar el antiguo marinero y pasándose la mano por la frente comenzó á corta diferencia de este modo:

—Me fui de aquí, entré en mi cuarto, y como cada noche me entregué al sueño. No sé el tiempo que dormiría; ello es que al despertarme, creí llevar un siglo de descanso. Vestíme á oscuras y abrí la ventana para conocer por las estrellas la hora; pero el cielo tenía un cariz más negro y siniestro que el horizonte en tiempo de tempestad. Sospechando que las nubes retardaban el

día y debiendo estar temprano á bordo, cojí mis llaves, cerré mi cuarto, bajé á tientas las escaleras, franqueé la puerta de la calle y me lancé á ella como bote á la mar.... No había caminado cien pasos cuando sentí cánticos religiosos, y vi venir de la parte de la ciudad hácia este lado, resplendor de luces: eran hachas y cirios con que multitud de gente acompañaba las efigies de plata de los Santos Mártires. Como hácia mi se dirigian, lleno yo de sorpresa y respeto apréteme contra la pared para dejarles campo... ¡Virgen Santísima! jamás verá el mundo procesión mejor ordenada. Delante iban los chicuelos, después las mujeres...

—¡Tras la inocencia la tentación; luego seguirá el pecado!—exclamó Conejito.

—Calla,—dijo con autoridad la señora Fina.

El tío Pedro como si no les oyera prosiguió:—Entre las jóvenes divisé una alta, pálida, vestida de negro, con un niño en los brazos; la cabeza de aquel ángel reposaba en el hombro de la mujer que le sostenía; yo quise gritar, ¡Paula, Paula! y correr hácia ella; pero mi lengua permanecié muda y yo sin movimiento como buque varado. Seguian á las mujeres hombres de todas clases, mucha parte de los gremios, cruces, pendones, curas y frailes, todos con la cabeza baja, el rezo en los lábios y la luz en la diestra. Cuando callaba el canto, que unas veces parecía de serafines, otras de súplicas y lloro, empezaba el rezo levantándose con él un murmullo acompasado y monótono como el de las ondas rompiendo sin fuerza en riscosa orilla... Yo estaba atónito; al pasar el gremio de los míos, uno de los jóvenes que llevaban los cordones del estandarte me pareció mi hijo, aunque este era sonrosado y el de la procesión de color difunta. Con todo, iba á lanzarme á él, cuando no sé quien me puso un cirio en la mano y cojiéndome por el brazo me injirió en la fila. Así, unos tras otros, salimos al campo tomando hácia el arroyo de los Ángeles. No sé lo que por mi pasaba; no podía rezar, ni hablar, ni exhalar un suspiro; parecía que una losa me apretaba el corazón y sin embargo caminaba erguido como el palo mayor de la nave en mar tranquila. De pronto miré á uno y otro lado y me estremecí: mi sombra era la única que se extendía por la campiña como la luz del faro sobre el mar, los demás no tenían sombra... Este prodigio me espantó, y un sudor frío recorrió mi cuerpo.

Sin embargo, las imágenes de los santos y la cruz redentora estaban allí y deseché todo temor. Así llegamos al arroyo, y las palmas cuyo nacimiento nadie recuerda; las palmas á semejanza del sol resplandecían con luz propia, llenando el contorno de una cla-

ridad blanca y rosada parecida á las auroras del estío. Allí hicimos alto y se entonó un canto de gloria. Luego entramos todos en la ermita permaneciendo de pié y en dos filas hasta pasar las andas llenas de luces y flores donde eran llevados los dos Mártires. La capilla parecía un ascua de oro; los nimbos de los santos centelleaban con los reflejos temblorosos y diamantinos que despiden los astros en las noches de invierno serenas y oscuras. Hubo un instante en que creí perder el sentido: los clérigos con sus rizadas sobrepellices; los frailes con sus hábitos de distintos órdenes; las damas principales con sus faldellines de seda y sus mantos con blondas; los grandes señores con sus placas y cruces y los pobres con sus trajes humildes, formaban un todo imponente y maravilloso que ofuscaba la vista y conturbaba el pensamiento. El altar, las flores que le coronaban, las luces que en él resplandecían y las imágenes de ángeles y serafines, veíalo yo á través de ligera neblina. Formábala el humo del incienso. Yo miraba como al columpiarse los incensarios dejaban ya á un lado, ya á otro blancos borbotones de vapor, los cuales indecisos al parecer, en el camino que seguir debían, quedaban aplanados un instante, levantándose luego cual culebrinas que suben, rompiéndose unas veces para formar grupos, cual nubes que se fraccionan, y dilatándose otras á modo de celages sobre las cabezas de aquellos fieles, remontándose al fin á la altura como la oración y el espíritu de los buenos.

Recobréme al tomarme un lego trinitario el cirio que en la mano tenía. Entonces reparé que el oficio habia empezado y predicaban.

Corrido de mi distracción sentéme en un escaño que á poca distancia tenía y fijé la vista en el púlpito que estaba frontero y en el religioso que lo ocupaba. Era el Padre Fray Diego Andrade de la Trinidad. Aunque muy desfigurado conocíle al punto por su color macilento, sus mejillas hundidas y su frente calva con los dos copos blancos en las sienes. Desde jóven me habia confesado con él, hasta que lo mandaron á Cádiz. Un siglo hubiera estado escuchándole. Concluido el sermón y rezadas las tres Ave Marias terminó el oficio, la gente comenzó á salir y los legos de la Trinidad á apagar las luces. En un remolino que formaron en la puerta los que en ella se apiñaban creí ver á la mujer del niño y al mancebo del estandarte; quise acercarme á ellos; pero otra oleada de gente me volvió atrás, y cuando llegué á salir todo habia desaparecido.

Fuera de la ermita miré á uno y otro lado con asombro. ¿Dónde estaba todo aquel gentío? ¿Se lo habia tragado instantaneamente la tierra como la mar á la barca con mi Ciriaco? Acaso me lo es-



condia la lobreguez; pero aún así, me hubiera dicho el rumor de sus pisadas: «por allí van»; y luego, ¿cómo damas de tanto porte, y señores de pro, iban sin criados y lacayos que con hachas ó linternas les iluminasen el camino?

Así discurría yo avanzando asáz confuso, cuando el reloj del convento de los Ángeles de Miraflores dió la una, repitiéndola momentos despues los relojes de la Trinidad y Santo Domingo.

¿Á donde tomar puerto á tales horas? Lo mejor era volverme á mi casa. En aquel instante recordé que había olvidado las llaves sobre el banco en que sentado estuve. Era preciso volver por ellas á la ermita, y volví.

La puerta estaba cerrada; cojí una piedra y comencé á llamar. Yo mismo tenía miedo de los golpes, cuyos ecos resonaban por las cañadas de la sierra, como deberá resonar el último día, la trompeta del juicio en el fondo de los panteones. Pero ó la capilla estaba sola ó el Señor había ensordecido para probar mi paciencia á los legos que en ella vi. Por último, cansado de alborotar en vano, me vine á casa y me senté en el umbral esperando á que llegara alguno de los que se recojen tarde para entrar con él.

—Compadrito,—dijo el tío Corro,—á estar menos seguro de que prefiere su merced lo salobre de la mar á la sangre de Jesucristo, diría que ha empinado el codo, tomando una que ni la de Josué.

—Noé, querras decir,—apuntó Fina..

Conejito prosiguió:

—¡Cristiano! ¿qué procesión había de haber á media neche, sin que se supiera y alborotase con éllo el mundo? ¿Ni como había de caber en la ermita tanta gente? Su merced despertaría como dice, se lanzó á la calle, y con la manía de meterse las llaves en el bolsillo de donde se le han caído cien veces, se le cayeron una más ó llevándolas en la mano para evitar lo primero, las perdió; percatóse de que no las tenía y volvió á casa por si las había dejado puestas; no encontrándolas se sentó aguardando á que pasasen, como aquel borracho que viendo dar vueltas á la calle esperaba á que llegase su casa para meterse en ella y esperando esperando se durmió su merced y soñó todo eso.—

El patrón algo amostazado repuso:—No soy amigo de porfiar, Apénas amanezca iré á la Trinidad y veremos.

—¿A quién?—interrogó Conejito. El compadre repuso:

—Al hermano Perez para que venga conmigo á la ermita y sinó al lego que recogió mi luz y al que conocería entre mil; un mozo largò, largo y delgado á manera de mastil, el cerquillo más negro

que la tempestad, la cara triste como día sin sol y la cruz azul y roja sobre el pecho como Santa Esperanza en el corazón. Si los legos no quieren oírme acudiré á Fray Diego Andrade y sinó á mismo guardián....

El toque de una campana interrumpió al patrón quien al oírla levantóse exclamando:—¡La misa de alba, allá voy!

La Señora Fina abrió la ventana y apagó la luz del velon: comenzaba á amanecer. Luego llamó aparte á su esposo y díjole quedo:

—Corro, no dejes solo al compadre; hay cierto *no se qué* en su cara que me da miedo: acompañale á la Trinidad, que allá iré yo tras de vosotros.

—Te juro por cién corachas del habano, respondió Conejito,— que si el compadre no está loco se halla en camino. ¡Poquito se reirán los legos con el relato de la procesión y las llaves perdidas! Ya le estoy viendo en romance como á Gonzalo del Carpio y el moro Musa.

—Basta de dislates y acompañale á la Trinidad:—murmuró Fina con impaciencia. El marido mirándola algo serio repuso:—Ya voy, caracoles, que está su merced más grave que un muerto y más inflamable que pólvora seca.

—Perdona, Corro, no quise ofenderte; pero te suplico que vayas;—dijo Fina.—

—Si ya voy, mujer, si ya voy—murmuró Conejito, poniéndose la capa y saliendo tras el patrón á quien alcanzó en el patio.

Ambos compadres llegaron á la iglesia en el momento de abrirse, ellos fueron los primeros en entrar. El tío Pedro acercándose á un lego que con un manajo de llaves en la mano se dirigía á otro lado díjole:—¿Quiere su merced hacérmela de llamar al hermano Pérez?—El lego obedeció en silencio.

—¡Hermano Pérez!—exclamó el patrón al divisar al nuevo lego —En los Martiricos, en el banco frontero al púlpito, he dejado dos llaves, una más recia que otra, ambas unidas por una cadenita de hierro: si su merced no lo tiene á mal, podía darme las de la ermita, ó venir conmigo para recoger yo las mias.

El lego contestó:—Ayer tarde se limpió toda la capilla y nada vimos.

—No las perdí ayer tarde, sinó en la función de esta noche pasada.—añadió el tío Pedro.

El hermano del tío Roque mirando de piés á cabeza al patrón díjole con una dulzura de nispero verde:—Desde ayer tarde tengo las llaves de la ermita: si el aguardiente con que habreis *matado*

el gusanillo se os ha subido á la cabeza, dormir la mona y dejadme en paz.

—¡Aguardiente él!—esclamó Conejito—si se desayuna con galleta mojada en la mar.

—Pues si no está bebido estará loco.—dijo el lego.

—El bebido ó el loco será su merced.—replicó indignado el tío Pedro.

El hermano Pérez crecióse y con insultante altanería repuso:

—Ea, largo de aquí ó le arrojo del templo como Jesús arrojó á los mercaderes—y alzó el brazo con amenaza.

—¿A mí, una andanada que me eche á pique? Atreveos y veremos quién va á fondo!—exclamó el patrón cerrando los puños.

El lego levantó la mano para descargar una bofetada mas con la rapidez del pensamiento detuvo el brazo Conejito, diciendo con zumba;—¡Vaya, hermano, que para aspirar su merced al sacerdocio tiene poca paciencia y menos cortesía! Calma, calma y no hagamos la casa de Dios campo de pelea.

Estas palabras llegaron á oídos de un trinitario que desde lejos viera la acción del lego. Este al sentirse asido, volvióse colérico, más divisando al mismo tiempo al religioso detúvose súbito y bajó los ojos avergonzado.

Era el que llegaba nada ménos que el guardián, anciano de cerquillo blanco como su túnica y de mejillas frescas y sonrosadas como las de un niño. Acercóse al grupo y poniendo la mano sobre el hombro de Conejito preguntóle sonriendo lo que allí pasaba.

Sorprendido el tío Corro tardó en responder y adelantándosele el lego dijo con viveza:—Sepa su paternidad que este hombre,—y señaló al patrón,—ebrio ó demente, porfía haber estado esta noche en los Martiricos, donde dice han quedado las llaves de su casa.

—¿Y queríais convencerle de lo contrario á bofetones?—observó el religioso, y volviéndose al patrón preguntóle con quién y como habia entrado en la ermita.

—Con la procesión que de la ciudad venía. Divisé de lejos el resplandor de las luces, pareme sorprendido, la ví atravesar el Guadalmedina y cuando se dirigía hácia....

—Basta, basta... ya me lo contareis despacio.—dijo el Guardián interrumpiendo al tío Pedro y mandando al hermano Pérez que trajese las llaves de la ermita. Cuando las tuvo llamó á otro lego de piernas largas como las de los cigarrones, y entregándole el objeto pedido, mandóle ir sin pérdida de tiempo á los Martiricos, recorrer toda la capilla y traer volando dos llaves que allí debían haber quedado.

El lego zancudo, partió de prisa, alzándose el hábito para correr más; el hermano Pérez se retiró mohino y el padre Guardián se llevó á la sacristía al patrón, seguido del tío Corro y la señora Fina que llegaba en aquel momento.

En la sacristía, sentado el religioso en un escaño y á su lado el tío Pedro, repitió este, sin faltar en un ápice, cuanto contado había en la habitación del casero. Al terminar su relato llegó el lego enviado á los Martiricos; seguíanle la tía María y algunos curiosos.

Al divisar al lego preguntóle sencillamente el Guardián:

—¿Se encontraron?

—En el brazal derecho del banco que mira al púlpito. Aquí las tiene su paternidad.—Replicó el lego presentándole dos llaves.

¡Si yo no soñaba!—exclamó el patrón vivamente conmovido.

La irónica sonrisa que durante la relación del tío Pedro vagara por los labios de Conejito, helóse al oír al lego y ver las llaves que tan conocidas le eran. Pálido y mudo apoyóse en la pared por que las rodillas le flaqueaban.

—No mentais.—dijo el Guardián al patrón; pero tampoco menta el hermano Pérez negando esos hechos.

El antiguo marinero se irguió súbito para protestar de lo que oía.

El trinitario prosiguió:—Por un misterio que solo Dios alcanza y de una manera maravillosa, habeis entrado en un sitio cerrado desde ayer á todo ser viviente. Habeis entrado á media noche entre preces y cantos, luces y espíritus que no son de este mundo, pues el padre Andrade y el lego que decís ha dos años que murieron.

—¡No viven! luego ¿toda aquella multitud, la mujer del niño, el mancebo del estandarte...? ¡Ah, si, si, eran ellos, ellos!—gritó con violento arranque el patrón desplomándose en el escaño y doblándose sobre sí mismo como un libro que se cierra....

Hubo un momento de profundo estupor. Dominóle el religioso levantándose y diciendo al tío Pedro.

—Alentad, hermano, erguid la frente y decidnos, si podeis, dónde están las sepulturas de los dos mártires.—El interpelado no respondió.

El tío Corro y su esposa que lo escucharan todo de pié, como los demás curiosos, se acercaron para incorporarle; cuando lo hubieren conseguido creyéndole presa de un síncope comenzaron á frotarle los pulsos y á hacerle respirar vinagre. Después de haberle prodigado otros muchos socorros, al Guardián que lo miraba atento, tocóle las sienes. túvole la mano largo rato sobre el

corazón, y al fin irguiéndose pálido como un cadaver dijo con voz profundamente alterada.

—Hermanos, Dios ha querido hoy probarnos su omnipotencia por medio de este hombre de fé ardiente y corazón sencillo, haciéndole ver en vida parte de su gloria y llamándole así, apenas nos ha dado testimonio de su verdad. Cuanto hagamos para que se retorne es inútil: está muerto.

—¡Muerto!—exclamaron los circunstantes horrorizados.

El Guardián siguió:—El dichoso, que habrá encontrado ya el premio de su fé. Porque Dios dijo á los hombres: de todos los que aman, creen y esperan es el reino de los cielos!—

Y murmurando el *sub benite*, bendijo el cadaver y comenzó una plegaria. Todos se arrodillaron repitiendo á su vez la oración dominical.

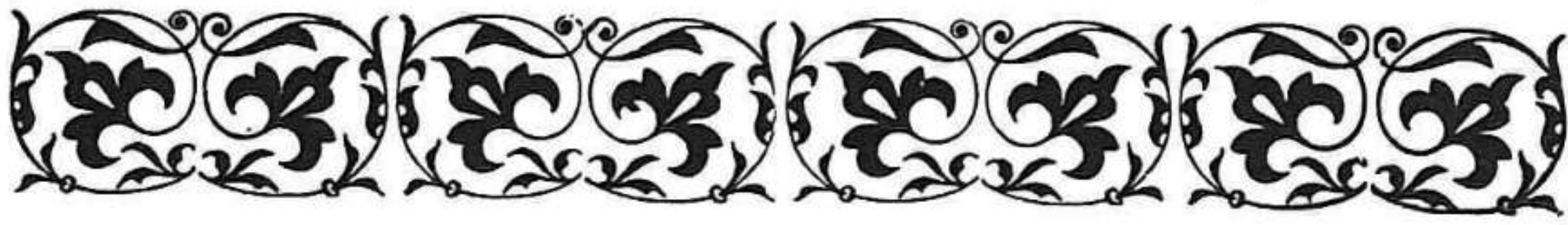
Cuando la confusión que excitó aquel suceso se hubo calmado, el Guardián dió algunas órdenes y mandando despejar la sacristía se retiró.

La tia Maria fué la primera en salir, ganosa de vociferar el milagro. La señora Fina, pálida, trémula y con el corazón opreso, miró á todos lados buscando á su esposo. No hallándole en la sacristía pasó á la iglesia: allí, en una capilla apartada y oscura, ante un gran crucifijo le encontró de hinojos, hiriéndose con ambas manos el pecho y repitiendo con voz contrita:—¡Creo, creo en Dios padre todo poderoso!

Entónces la mujer piadosa cayó de rodillas y levantando la mirada y los brazos á la altura, exclamó, aunque anegada en llanto, con viva gratitud:—¡Gracias, Dios mio!

MARIA MENDOZA DE VIVES





AL ALMA CAIDA

ELEGÍA

¿En dónde está la, un tiempo venturosa,
Herederá del cielo deseado,
Del cordero divino amante esposa;

La riquísima en dones de su amado;
La que sólo arrullaban dulcemente
Brisas de grato aliento perfumado;

Aquella que en sus senos, como fuente
De purísimas aguas cristalinas,
Deslizarse sentía mansamente

La conciencia tranquila, entre divinas
Flores lozanas de virtudes bellas,
De tiernos tallos que no dan espinas;

La que brillaba más que las estrellas,
Y en un jardín la convirtió de amores
El que los cielos adornó con ellas?

Hoy yace triste, llena de dolores,
Como ciudad en ruinas, asolada,
Sin jardines, sin fuentes y sin flores.

De todas sus bellezas despojada,
Esclava gime la que fué señora,
Entre sombras de muerte abandonada.

Ya en sus senos inmensos no atesora
Ni la dulce esperanza del creyente
Ni el divino consuelo del que ora.

Negóse á Dios y vive delincuente,
A la baja materia corrompida
Encadenada impura y fuertemente;

Y entre tinieblas resbalar la vida
Por las pendientes del infierno deja,
En brazos del maligno adormecida.

Como presa de lobos mansa oveja,
O náufrago infeliz que el mar furioso
Sorbe en su abismo sin oír su queja,

Así, con desespero fatigoso,
El estado funesto en que se halla
Aparece terrible y espantoso.

Como caballo que salvó la valla,
Y, sin freno, estrellóse despeñado;
O guerrero caído en la batalla,

Que, mal trecho y herido y magullado,
Agoniza entre gritos lastimeros;
Tal la dejó la huella del pecado.

¡Oh, vosotros, que cerca los senderos
De la infeliz pasais, de vuestra hermana
Llorad, llorad la ruina plañideros!

Tal vez antes que el sol de la mañana
Asume en los confines del oriente,
Sea ya el llanto cual plegaria vana.

¡Ay del mortal que muere impenitente,
Y al despertar del sueño de la vida
El estigma del mal lleva en su frente.

Su infausta situación no tendrá huida;
Y en abismos sin fondo de amargura,
Eternamente llorará perdida
La ansiada patria de la dicha pura!...

NARCISO VIÑAS Y SERRA



CATALANES ILUSTRES

EL CARDENAL MARGARIT

(Continuación)

XV

Invasión francesa reprimida por las disposiciones del Rey.—La Universidad literaria de Gerona.—Recepción y casamiento del duque de Calabria.—Margarit bendice las obras del puerto de Barcelona.—Continuación de las Cortes.—Nueva invasión francesa.—El colegio de Margarit.—Instancias de los Reyes Católicos para que se le nombrase Cardenal.—Muerte del rey D. Juan II.



BIEN necesaria era la venida al Empurdán del infante D. Felipe con algunas fuerzas, conforme prometía el rey según hemos visto al final del capítulo anterior, porque las Cortes una vez tuvieron la seguridad de que no volvería á reunirse al Parlamento de Gerona, no pensaron ya más en la defensa de nuestro país, llegando á tanto el atrevimiento de los franceses que el día 16 del mismo mes de Febrero de 1477 viniendo de Bordils atravesaron el llano de Gerona y llegaron hasta Caldas de Malavella cometiendo toda suerte de tropelías, despues de lo cual regresaron por el mismo camino y se dirigieron hacia Ultramort y Albons, cuyas comarcas devastaron (1).

Afortunadamente el rey cumplió su palabra y con la venida del infante D. Felipe, que situó sus fuerzas en Figueras y con las negociaciones diplomáticas que se entablaron, pudo verse libre un tanto la provincia de Gerona de los desastres de la guerra.

(1) Archivo municipal de Gerona, *Manual de acuerdos de 1477*, fol. 18 v.º

Aprovechando este respiro trató Margarit de dar vida al privilegio que Gerona había obtenido de D. Alfonso V de tener *Universidad literaria*. Nombráronse comisionados por parte de los cabildos Catedral y municipal, que á instancias del obispo tuvieron al efecto diferentes conferencias, pero ante los reparos que la primera de dichas corporaciones opuso en la sesión del 10 de Mayo, no pudo llegarse á un acuerdo y hubo de abandonarse para mejor ocasión un asunto tan importante.

Pocos dias despues trasladóse Margarit á Barcelona con motivo de la llegada del rey que tuvo lugar el dia 17 del mismo mayo, ocupándose desde entonces en las graves tareas de su cargo de Canciller, y de paso también en lo relativo á las fiestas que debian tener lugar con motivo del casamiento de la princesa D.^a Juana, con el Duque de Calabria hijo del Rey de Nápoles, cuyo proyecto hemos visto ya anteriormente concertado. Como quiera que en tales festejos figuró como era natural el Canciller Margarit, no será por demás traducir algunos pasajes del Dietario de la Diputación.

Despues de consignar que el 21 de Julio llegó el Duque á Badalona, y entró en la capital para saludar al rey y á la novia, volviéndose á aquella población, donde á los dos dias le fué devuelta la visita, añade el Dietario:

«Viernes á 25. En este dia dicho duque (de Calabria) con las «ocho galeras y tres galeotas, muy bien dispuestas y armadas, y «adornadas con muchas y grandes banderas y gallardetes, vino de- «lante la casa de la lonja, en donde se habia construido un hermo- «so puente de madera cubierto y guarnecido por los lados con pa- «ños encarnados. Y la galera de dicho duque dió la popa hácia «el dicho puente; y así entró y fué recibido con grande honor y «fiesta. Recibiéronle en la cabeza del puente saliendo de gala el «obispo de Gerona y los concellers de Barcelona y mucha otra no- «ble gente; y el Sr. Rey acompañado de muchos Barones y Seño- «res, le esperó á caballo al otro lado del puente junto á un hermo- «so palio de oro. Y aquí el dicho Duque y el principe de Bisinyano, «el duque de Andria, duque de Melfa, gran Seneseal conde de Aria- «no y dos otros condes montaron á caballo. Y el dicho Sr. Rey y el «duque al lado con toda la otra gente se fueron á la puerta de la «lonja y por aquel del huerto entraron. Y salieron hacia la gran «sala, arriba de la lonja, que estaba muy bien adornada con paños «de raso, y por la parte superior cubierta con paños amarillos y «encarnados á modo de boveda. Y aquí se hallaban gran número «de clarines, menestriales y trompetas; y hubo grandes danzas con «la Ilustrísima Sra Reyna que estaba allí con muchas grandes se-

«ñoras muy bien adornadas. Despues colocados en una de las ven-
 «tananas que miran al mar, pasaron por debajo todas las cofradias
 «y oficios de la Ciudad con sus pendones y trompetas bien ador-
 «nados, con muchos bailes, farsas y juegos. Y despues de todo
 «esto, dichos Señores Rey, Reyna y Duque, con gran número de
 «Señores y hermosa cabalgata salieron de la lonja, dirigiéndose
 «por la Ribera hasta *el pla den lull* y por *el Born* y por la calle de
 «Moncada y por la Boria y por la plaza del Rey, llegaron à la Cate-
 «dral donde oraron; y los canónigos salieron hasta la puerta can-
 «tando mientras tocaban el órgano à maravilla. Y de aqui se vol-
 «vieron al palacio Real donde dejaron à la Reyna. Y de aqui salie-
 «ron el Señor Rey y el Señor Duque dirijiéndose al alojamiento
 «de este, situado en la calle *Ampla* en la casa de *micer* Bernardo
 «de Gualbes, la cual estaba muy bien adornada. Y el Señor Rey
 «se volvió à su palacio, y por la noche se hicieron grandes ilumi-
 «naciones por la Ciudad.

Despues de esplicarse otros festejos, se lee:

«Miércoles à 6 (de Agosto). En este dia la dicha Ilma. Señora
 «Reyna fué coronada por el Reverendo Obispo de Gerona, tenien-
 «do comision y poder de nuestro santo padre; precediendo empe-
 «ro territorio dado y licencia obtenida de la magestad del Señor
 «Rey quien no roconoce superior en este reyno y principado. Cu-
 «ya coronación fué hecha, presente el dicho Señor Rey y el dicho
 «Duque, en un gran catafalco unido a pared, de la gran sala del
 «palacio Real, que da à la plaza del Rey. Estaban alli además los
 «obispos *darguelo* (sic) en Castilla y de Catania en Sicilia y mu-
 «chos Abades, priores, canónigos y religiosos y los duques de An-
 «dria y de Melfa, el príncipe de Bisinyano y muchos condes, no-
 «bles y caballeros y muchas mujeres, todos muy bien adornados.
 «En cuya plaza habia muchos otros catafalcos muy bien arreglados
 «y toda la plaza circuida llena de bellisimos paños de rasos, y ar-
 «riba estaba cubierto de paños amarillos y encarnados; todo muy
 «bien compuesto y ordenado. Y de aqui en adelante la dicha Rey-
 «na es llamada Reyna coronada de Nápoles.»

Continuó Margarit presenciando las demás fiestas que por el es-
 presado casamiento se hicieron y aun continuò en Barcelona du-
 rante el siguiente mes de Setiembre, toda vez que asistió à la so-
 lemne ceremonia de colocar la primera piedra del muelle *nuevo*, y
 bendijo además la obra. Hé aqui como esplica este suceso el pro-
 pio *Diétario de la Diputación*.

«Sábado à 20 (de Setiembre). En este dia el Señor Rey D. Juan
 «bienaventuradamente reynante con procesión de la Catedral de

«Barcelona y muchos barones, caballeros, ciudadanos y otros
 «hombres de honor, con una gran multitud, y un embajador del
 «Común de Venecia saliendo de dicha Catedral se dirigió á la ma-
 «rina de la dicha Ciudad; y al lado de la torre grande oyó misa
 «rezada desde un bello catafalco hecho aqui y cubierto y circuido
 «de muy hermosos paños de raso. Y hecha por el dicho obispo de
 «Gerona la bendición y proferidos muchas devotas y apropiadas
 «oraciones, sobre una gran piedra que dentro de dicho catafalco
 «estaba colocada sobre un gran carro, el dicho Sr. Rey, poniendo
 «su real mano sobre la dicha piedra, mandò que esta fuese arroja-
 «da en el lugar ya dispuesto delante de la dicha torre nueva, para
 «que fuese el principio del muelle que se habia acordado cons-
 «truir en la playa de la dicha Ciudad.»

Despues de estos acontecimientos fué Margarit llamado por Don Fernando el Católico para oír su dictamen en la cuestión relativa al aumento de la marina de guerra que proyectaba el joven monarca, con la mira de acudir más tarde contra las invasiones del turco. Inútil es decir cuanto coadyuvaria á este pensamiento el Canciller de Aragón ya que tanta parte habia tenido en los proyectos de Roma y tan enterado estaba de las necesidades de los cristianos del oriente.

Fernando el Católico y Margarit, para ver por si mismos los trabajos de los arsenales que se habian dispuesto, se trasladaron á Navarra y á Vizcaya (1) donde permanecieron algunos dias, hasta que por sus continuas ocupaciones hubo de regresar D. Fernando á Castilla y Margarit á Barcelona.

En la capital del Principado encontró el Canciller reunidas las Cortes con el Rey y por consiguiente hubo de ocuparse en los asuntos de que las mismas trataban, y además de los graves negocios relativos á la guerra con Francia.

(1) Es notable el mal concepto que formó Margarit en tal viage de los vizcainos y que consignó en el *Paralipomenon* lib. 2 de Galat, en los siguientes términos: «De Galatis refert Strabo lib. tertio de orbis situ, quod Galleciæ Hispaniæ olim nullum habebant Deum: quod Bisciaæ usque ad hæc tempora perdurat, quæ regio intra Galleciæ finis, sita est; et licet eiusdem incolæ christianæ religionis cultores apellentur, ab illis tamen nullum venerari colique Deum, certum est, solumque christianam religionem labiis profitentur. Aput illos presbyter nullus recipitur non habens concubinam, arbitrantur enim nemine posse a carnalibus continere. Quod cum non possent, dicunt necesse esse presbyteros ad parrochianum uxores consienti. Ad Bisciaæ regionem nullus ex institutiones episcopus adire potest, quinimino horrendam rem narrabo quam ipsi vidi. Cum enim sub Calagoritano episcopo sin, ad illos tamen idem, nec alius episcopus, etiam pro sacramentibus adire potest immo cum anno MCCCCLXXVII

Habíase quejado muchas veces Don Juan de la indolencia que en la asamblea se notaba apesar del peligro que amenazaba á Cataluña y especialmente á la provincia de Gerona, pero nunca habia logrado sinó evasivas y acuerdos tomados mediante fórmulas rebuscadas que á nada obligaban; y lo más curioso fué que hallándose enfermo el rey, se mostraron quejosas las Cortes de que no las presidiese, haciendo comparecer al médico de cabecera para que declarase la enfermedad del soberano despues de lo cual una comisión pasó á cerciorarse personalmente de la verdad de la relación facultativa. Reuniéronse luego las Cortes en sesión extraordinaria, resolviendo «para llegar á un acuerdo que hasta entonces «no habia podido lograrse por la diversidad de opiniones, nombrar «una comisión de 45 personas, esto es 15 por cada Estamento, á «las cuales *todas acordes y n mine discrepante* daban toda la potestad y facultades que á las Cortes competian por término de tres «meses, desde aquel dia contaderos». Debian estos comisionados reunirse todos los dias celebrando á lo menos una sesión y prestar juramento de que procederian prescindiendo de todo amor, premio, favor, odio, rencor   otra cualquiera causa que no fuese el temor de Dios y la voz de su recta conciencia y que de nadie absolutamente recibirian dones, servicios ni cosa alguna para el desempeño de aquel cargo, que debian ejercer sin salario ni remuneración de ninguna clase.

«Ferdinandus Castell e rex inclitus in Biscaiam intrasset, adducens secum Pam-
«pilonensem episcopum, ocurrentes provinciales dixerunt hoc esse contrarium
«suis legibus. Itaque ne tumultus fieret, episcopus à Rege remissus est. Tanta-
«que ex adventu episcopi se affectos molestia ostenderunt, quod ubicumque epis-
«copus eorum solum calcasset prosequentes illius vestigia, ac crasa terra pulve-
«rem colligentes maximo coadunatum pulverem igne cremarunt, illiusque cineres
«in quamquam supersticionem, ac divini honoris ignominiam in mare proiece-
«runt».

De semejante pasaje, se ocuparon los enciclopedistas, dándole el giro que puede suponerse, añadiendo Voltaire que era casi de sí por ser *de un obispo cardinal*, por cuyo motivo Torres Amat dice á este propósito lo que sigue: «Este pasaje prueba cuando no falta de veracidad, falta de discreción de este autor. Lo de Estrabon de que los gallegos ningun Dios conocian, ya es sabido no significa sinó que no tenian ídolos ni Dioses visibles. Que los vizcainos   últimos del «siglo XV fuesen cristianos solo en el nombre, pero que en realidad no veneraban ni respetaban   Dios, el decirlo y darlo por cierto más que calumnia es una «estolidez. Lo de las mancebas de los clerigos tiene todo el aire de conceja; aunque no se niega que en Vizcaya como en otras provincias hubo tiempos en que «fuese menos bien observada la continencia clerical. El lance con el obispo de «Pamplona, si fué como lo cuenta el Gerundense, sería por horror particular   «la persona, y no al ministerio   dignidad episcopal, cuando yo creo que en dicho año de 1477 era ya obispo el mismo Margarit y no dice que el sufriese «igual   semejante insulto».

Aprobado este acuerdo por el rey y prorrogadas las Cortes para el 11 de Febrero del siguiente año, pudo encontrar Margarit algún respiro en los negocios de la cancillería, y aprovechándolo se trasladó á la capital de su diócesis por la fiesta de Todos los Santos, siendo de suponer que continuaría en Gerona hasta la nueva apertura de las sesiones de las Cortes.

Por Marzo del siguiente año 1478 encontramos á D. Juan de Margarit en Gerona ocupándose en la reforma de su iglesia. Por Mayo, le vemos ocupado en la visita de la misma, y en gestionar y concordar lo necesario para que Gerona tuviese un reloj de torre de que hasta entonces había carecido. Desde 1398 venian señalándose las horas por medio del toque á mano de las campanas, en cuya operación había dos hombres empleados. A los 3 de Mayo de 1478 firmóse un convenio entre el obispo, puesto de acuerdo con el cabildo Catedral, de una parte, y de otra Juan Agustí director de la obra de la iglesia, en virtud del cual este último se obligó á construir un reloj que tocase las horas por sí mismo. (1)

Reprodujéronse por aquel entonces en la provincia de Gerona los pasados desastres de la guerra.

(1) Capitols fets e concordats entre lo Reverendissimo Senyor bisbe de Gerona de consentiment e voluntat del honorable Capítol de la Seu de Gerona e los honorables Jurats de la Ciutat de Gerona de una part, e mestre Johan agostí mestre maior de la obra e fabrica de la dita iglesia de la part altre per utilitat comuna de la cosa publica sobre lo ereloge e quarts fahedors per lo tocament de les hores per lo dit mestre Johan agostí mestre maior de la dita iglesia en la forma e manera següents

E primerament lo dit mestre Johan agostí promet a fer e se obligla á fer hun reloge abil e sfficient e de la fayso forma e manera util e no voluntaria que es lo reloge maior de la Seu de Barchelona porque per si mateix toch les hores e quarts de hores segons toquen les de Barchelona ab tot lur degut compliment ab totes ses despeses exceptat que li sia donat campana per los dits quarts, la qual li hagen a donar lo dit Reverendissimo S. Bisbe de consentiment e voluntat del honorable Capítol de la Seu de Gerona e encare lo maylli e tot lo gorniment que es en la campana en la cual vuy se toquen es hagen a tocar les dites hores. E fara lo dit mestre Agostí dins terma de dos anys qui comensaran a correr lo primer die del mes de Juny primer vinent sots la pena de cinquanta lliures guanyadoras en cas que comesa fos la terça part á la Cort exequant e la terça part á la obra de la Seu e la altra terça part a la obra de la Capella fahedora en la casa de la Ciutat de Gerona.

Item los dits Reverendissimo Sr. Bisbe de consentiment e voluntat del dit honorable Capítol de la Seu de Gerona e los honorables Jurats per quant lo dit mestre Agostí es stat inventor de les dites obres e encare per satisfacerli los dans messions e despeses que sostenir haura per fer lo dit relotge e arreus e coses en aquell necessaries donan al dit mestre Agostí e als seus lo dit relotge ab lo salari stipendiat ab vint lliures pagadores cascun any en la forma e manera que

En efecto el General francés Boffillo, al frente de un ejército había entrado á sangre y fuego en el Empurdán, causando tal terror entre los habitantes por verse sin el menor apoyo, que enviaron embajadores á las Córtes participando que de no ponerse remedio mandando los auxilios necesarios, se verian en el caso de entregarse al enemigo las poblaciones de Perelada, Figueras, Vilabertran y Castellón de Empurias.

vuy se paguen e aço per temps de vint anys dins lo qual temps pus lo dit mestre Agostí hage donat compliment en la dita obra no li puixa eser levat lo dit relotge ne stipendi. Entes empero e declarat que totes les despeses que dins lo termini dels dits vint anys se seguirán en lo dit relotge arreus campanes vinguén e stiguén a carrech del dit mestre Agostí e dels seus. Exceptat tranchament de les dites campanes la qual ahen sens evident sa culpa se saguis stigua á carrech del dit Reverendissimo Senyor Bisbe de consentiment e voluntat del dit honorable Capítol de la Seu de Gerona e Jurats, en la forma ja antigament concordada. Los quals vint anys comensan a correr al primer die del mes de Juny primer vinent.

E aço hagen a fer los dits Reverendissimo Senyor Bisbe de consentiment e voluntat del dit honorable Capítol de la Seu de Gerona e Jurats donant lo dit mestre Agostí tan en lo dit relotge com en lo toquar de les hores aquell degut compliment que donar si deu.

Item mes lo dit mestre Agostí e los seus sian tinguts e obligats que en lo fi dels dits vint anys hagen a leixar lo dit relotge abil e sufficient per tocar sots la dita pena.

Item que dit mestre Agostí hage e sia tingut a tot son carrech e despeses fer tots tabernacles mansions lochs e apartaments de unt e per unt dits relotges hagen star e esser sonats lo mes comodament e maior perpetuitat que a arbitre de discretas personas fer se puxe e dits lochs e parts e totes coses necessaries a ses despeses fer e tenir en son dret durant dit temps e que en semblant disposicio ho hage a leixar o posar dit relotge e campana dels quarts e dita campana de les hores o dels quarts dar e fer sonar per si dins lo predit temps de dos anys, los qual empero sien del nombre dels vint anys e que al endemix ell o los seus a ses e lurs propries despeses sonen dites hores e apres com dit es tenints dit relotge e campanes en deguts tempras e conserva.

Item mes es concordat que per quant lo dit mestre Agostí demana esserli donat mes temps que no son los dits vint anys sia comes per lo Reverendissimo Senyor Bisbe de consentiment e voluntat del honorable Capítol de la Seu de Gerona a mossen pere francesch de sentceloni canonge e amossen Anthoni sorbera prevere de Capítol e als dits mossen Bernat de belloch e miser Miguel fage doctor en decrets Ciutada de Gerona per part dels dits honorables Jurats elegits e en tercer lo magnífich mossen Johan Çarrera de dar e afexir aquell mes temps quels parra sobre los dits vint anys en smena e satisfaccio de les dites obres e treballs pus empero les smenes sobre los vint anys no fossen en mes de sinch anys.

Item mes es concordat que dels presents Capítols e de cascu de aquells sien fetes a les dites parts una e moltes cartes ab aquelles obligacions, renunciacions juraments e clausules e cauteles necessaries e en semblants posar acostumades a coneguda del notari dels presents Capítols vera substancia no mudada.

Archivo municipal de Gerona, *Manual de acuerdos* de 1478 folios 36 y 37.

Mezquino fué el socorro que las Cortes proporcionaron al rey para combatir esta nueva algarada de los franceses; pero Margarit lo aprovechó hábilmente para obligar á la corte francesa á venir á una tregua más estable y de más seguros resultados. Los trabajos diplomáticos que iba combinando con las empresas que Luis XI tenía entre manos entonces y que le obligaban á organizar y mantener grandes ejércitos para luchar con Flandes y con Maximiliano de Austria, hicieron comprender al rey de Francia la conveniencia de sentar paces con Aragón; y esta conveniencia se le apareció una necesidad cuando supo que Boffillo había tenido que retirarse precipitadamente. No tuvo entonces inconveniente en firmar el tratado preliminar en el que se sentaron las bases para resolver todos los motivos de discordia entre ambas naciones.

Libre con esto Margarit del asunto de más importancia que pesaba sobre la Cancillería aragonesa, pudo otra vez ocuparse en la mejora de su iglesia.

Ya recordará el lector que á su tiempo esplicamos el pensamiento que tenía de crear un colegio de niños adscritos al servicio de la iglesia para la enseñanza de la música. Las turbaciones y negocios que habian desde entonces ocupado á Margarit, fueron causa de que se retardase la práctica de tan laudable proyecto, pero ya en el capítulo que tuvo el día 25 de Mayo del mismo año, manifestó que no quería demorarlo por más tiempo, añadiendo que quería que funcionase en aquel año, dándose la enseñanza á cuatro niños y satisfaciéndose los gastos por medio de una parte de las *almoynas del pan y del vestuario*, supliendo él de sus bienes lo que faltase.

Fué esta proposición del agrado del Cabildo y así, el día 14 de Agosto se inauguró y estableció definitivamente el Colegio, visitándolo el obispo en compañía de varios capitulares, á quienes mostrándoles los tiernos discípulos que en él se albergaban les decía, *estos son mis herederos*. La fundación del Colegio causó una gran satisfacción al prelado según refiere el Doctor Afonsello, la cual fué seguida de otra mayor, pues al siguiente día fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, despues de haber predicado un elocuente sermón, gratisimo al clero y al pueblo, recibió una carta del rey Don Fernando el Católico, participándole que había escrito al Papa y al colegio de Cardenales para que le fuese concedido el capelo.

Por último, terminó aquella estancia en Gerona con un acto de severidad que demuestra su celo por la conservación de la rigidez de costumbres entre las personas del brazo eclesiástico. Ha-

biéndosele denunciado varios hechos que no ponían en muy buen lugar la vida religiosa del monasterio de Santa Clara de Gerona, contaminado tal vez por la depravación que las pasadas guerras habían llevado consigo, mediante permiso del rey y con auxilio del Capitán Don Juan de Sarriera, cerró el convento, y suspendió por de pronto la vida comunal en el mismo (1).

Después de esto regresó Margarit á Barcelona por causa de los negocios de la Cancillería, asistiendo después al anciano monarca en su última enfermedad y recogiendo el postrer suspiro que exhaló el día 19 de Enero del siguiente año 1479 (2).

Mucho tuvo que sentir Margarit la muerte del rey con quien tan estrechos lazos de amistad le unían y con quien había tantas veces compartido su suerte, en la próspera y en la adversa fortuna. Nada tiene pues de extraño que tomase una parte muy principal é importante en las ceremonias fúnebres que para entierro y funerales del Rey se celebraron en la ciudad de Barcelona. El día 20 de dichos mes y año, ó sea al siguiente de la muerte del monarca se reunieron en una sala del palacio episcopal, Margarit (que ocupaba lugar preferente como canciller), los obispos de Urgel y de Vich, D. Jaime de Foix hijo del Conde de este apellido, D. Alfonso hijo natural de D. Fernando, D. Felipe y D. Juan hijos naturales del príncipe de Viana, el Conde de Ribagorza, D. Fernando de Aragón prior de Cataluña, *mosen* Requesens, *mosen* Andrés de Paguera, Pedro Bancells, y otros muchos preladados, nobles y ciudadanos. Estando así reunidos compareció una procesión que había

(1) Chia, *La festividad del Còrpus en Gerona*, p. 35.

(2) Así lo dice el mismo Margarit en la carta que escribió á su cabildo, y á los jurados de Gerona.

La primera puede verla el curioso en *Los Reys de Aragón y la Seu de Girona* 2.^a parte, doc. CVII. La segunda, no publicada hasta hoy, es del tenor siguiente:

Als molt magnífichs e savis senyors Los jurats de la Ciutat de Gerona.

Molt magnífichs e savis Senyors. Ab grandissima maritud de cor tristicia e plors: vos denunciám e testificám com a nostre Senyor deu ha plagut apellar á la sua gloria de paradís L'anima del Invictissimo e Serenissimo Senyor Lo Senyor don Joan Rey nostre: assistint e intervenint nos al transpassament seu: La fi del qual es stada tan bella e gloriosa apres de haver presos e fets tots los ordens de de Catholich e fidelissim christia: ab molta devocio e contricció: que certament havem de creure no pot esser collocada en altra part. Placius de pregar nostre Senyor deu e retre en deute de bons e feels vassalls per aquell e avisarne tots aqueixos altres senyors de la Ciutat e loch de la provincia. De Barcelona a XVIII^o de Janer CCCCLXXVIII^o. Es stada la hora entre set e vuyt horas abans de mig jorn. Johan bisbe de Gerona a vostre honor prest.

Archivo municipal de Gerona, *Manual de acuerdos de 1479* fól. 2.

salido de la Catedral (1) que conforme á la rúbrica recojió el cadáver del Rey para conducirlo solemnemente al palacio real cerrando la comitiva el obispo Margarit y demás personas arriba indicadas.

En aquel mismo dia asistió Margarit á una junta de personajes que se celebró en la casa del Arcediano, para tratar del testamento del difunto rey y de las ceremonias que debian llevarse á cabo para el entierro.

El dia 28 asistió tambien á otra grande reunión de personajes que hubo en el palacio real y alrededor del cadáver del monarca para demostrar, por medio de diferentes ceremonias estrañas y hasta ridículas, el dolor de que todos se hallaban poseidos.

El dia 30 concurrió á la solemne procesión que por toda la ciudad se hizo para mostrar al pueblo el cadáver del Rey, presidiendo al efecto al clero y vistiendo de pontifical, en medio de los canónigos de la catedral de Barcelona (2). Despues de haber recorrido las principales calles de la Ciudad entró la comitiva en la iglesia Catedral, donde se celebró un suntuoso oficio, siendo Margarit el ministro oficiante y orador encargado de hacer el panegirico del finado.

Son curiosas las noticias que sobre esto proporciona el Cronista Carbonell, y las creemos dignas de ser traducidas: «empezó incontinentemente el grande oficio, dice dicho autor, con la gran misa cantada «de requiem por todo el clero de la dicha Sede y el Reverendo «padre en Cristo y Señor *En* Juan de Margarit por la gracia de «Dios obispo de Gerona y Canciller del dicho Señor Rey vistiendo por completo de pontifical, dijo la dicha misa alta con mucha «solemnidad. Y dado cumplimiento al oficio y misa cantada despues que fué terminada la misa mayor el dicho reverendo obispo «de Gerona, por ser muy devoto y fidelísimo vasallo y servidor de «la *prefata* Magestad Real, quien es gran canonista y dotado de «muchas ciencia, honestidad, y virtud, subió incontinenti sobre un

(1) Cap. XXXVIII de la obra de Carbonell; De exequiis sepultura et infirmitate Regis Joannes secundi.—Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón t. 27.

(2) «Y prosiguiendo esta procesión venia incontinenti é inmediatamente el «dicho reverendo Senyor *En* Juan de Margarit por la gracia de Dios obispo de «Gerona y Canciller de la *prefata* Magestad Real, vistiendo de pontifical con su «mitra blanca de damasco á la cabeza y venia el dicho Senyor obispo en medio «de dos canónigos de la dicha Sede el uno diácono y el otro subdiácono. El diácono llevaba en la mano un baculo de plata muy bien dorado y mejor labrado «y otro canónigo, etc. Carbonell, obra citada capítulo LVIII.

«púlpito, dentro y cerca la puerta de la reja del altar mayor, la
 «cual estaba aparejada y cubierta al rededor de un palio de terciopelo negro, brocado de oro, y aqui predicó ó hizo un notable sermón y tomó por tema *Bonum certamen certavi cursum consumavi fidem servavi in reliquo reposita est mihi corona justitie*: Ad Thimo-
 «teum II. c. III. cuyas palabras trasladadas del latin al vulgar quieren decir tanto como *buena batalla he batallado, el cuerpo he acabado, la fé he conservado, en cosa restante se me ha puesto la corona de justicia*, en cuyo sermon entre las otras cosas que me vienen á la mente dejó muy elegantemente y con grandes y aprobadas autoridades, qual fué el primer rey del mundo, y por que fueron hallados los Reyes y quando fué necesario que hubiese reyes en el mundo. Y despues dedujo la noble prosapia y decendencia real que tuvo este gran rey, príncipe y señor nuestro, Don Juan, de aquellos nobles reyes godos, primero conquistadores en Alemania, despues en Italia y despues en España, donde asentaron su real casa y aqui perpetuaron su reyno. y estado real, de cuya prosapia de los Reyes Godos descendía el dicho glorioso rey D. Juan, por linea recta. Y despues vino á esplicar muy egregiamente todas las virtudes de clemencia, paciencia y humanidad de este tan noble y buen Rey y últimamente recitó el católico fin y muerte gloriosa en que este bueno y glorioso Señor Rey habia acabado sus dias.....»

El día 4 del mes de Febrero del mismo año de 1479 asistió tambien Margarit á la solemne procesión que se organizó para acompañar al regio cadáver hasta las afueras de la capital del Principado, al ser conducido al monasterio de Poblet, y además cumpliendo con los deberes que le imponía su cargo de canciller se agregó á la comitiva que hizo dicha conducción, asistiendo á todas las ceremonias que tuvieron lugar durante el tránsito y en las relativas al sepelio en el mismo monasterio.

Tuvo Margarit un verdadero empeño en que el entierro y funerales de D. Juan II fuesen lucidos y posteriormente con sus instancias contribuyó muy eficazmente á que el cronista Carbonell escribiese una detalladísima obrita relatando las mencionadas ceremonias.

(Se continuará)

EMILIO GRAHIT



LOS LIMONCILLOS DE SAGUNTO

HISTORIA HIPOTÉTICA

AL II. DR. THEBUSSEN, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE GASTRÓNOMOS
Y COCINEROS DE LÓNDRES, EN MEDINA-SIDONIA.



ONORABLE señor y amigo mío: En la grave discusión que ambos tenemos entablada hace algún tiempo, V. defendiendo las pastas, repostería y almibares extranjeros, y yo amparando los productos de la golosina nacional, creímos que lo mejor era someter el asunto al recto criterio de jueces incorruptibles y entendidos, nombrando para este efecto al Presidente, Secretario é individuo más antiguo de la grave sociedad de *Gastrónomos y Cocineros de Londres*, á los que dirigí, el día 6 del año que nos rige, ocho tarros que contenían los tan renombrados *limoncillos de Sagunto*, que juzgué ser el primer producto valenciano que merecía ponerse en tela de juicio: al propio tiempo remitía á V. dos tarros exactamente iguales á los remesados á la capital de la culta Inglaterra, para que los probara. Ansioso esperaba conocer el veredicto del jurado, aunque de antemano creía alcanzar la victoria, cuando vino á sorprenderme una carta de V., fecha 12 del corriente, en la que me acusaba el recibo del regalo, declarándolo *boccone di cardinali*, y superior á cuanto de igual clase nos remiten del extranjero, en envases muy pintarrajeados, llenos de medallas obtenidas en públicos certámenes y marcas de fábrica garantizada con sellos del gobierno, para evitar las falsifica-

ciones. Contento con mi triunfo, iba satisfecho á dirigirle una *filipica*, cuando ví que, en el *post scriptum* de su epístola me rogaba le diera datos fidedignos relativos á la antigüedad, importancia social y otras zarandajas del producto saguntino, para manifestarlos á su gran amigote, el gefe de los cocineros de S. M., encargado de las provisiones que se consumen en la mesa regia. Perplejo quedé al apreciar la enormidad del encargo, pero como siempre deseo servirle, busqué códices, libros y recetarios, que siendo de abolen-go valentino, se ocuparan de *re coquinaria*, viéndome en gran aprieto después de muchos días de rebusque, pues los tales me dieron tanta luz como moco de candil cuando carece de aceite. Entonces eché mano de mi mente, y permitiéndome la misma libertad que goza el sabio á la moderna que trata de resolver el problema social con cuatro retumbantes necedades, insertas en una revista sin lectores, el político de hechura española, que dice á los cándidos ha de convertir cuando mande las piedras en panes, ó el boticario novísimo que pomposamente anuncia, como remedio de todas las dolencias que afligen á la humanidad, unguentos extrafalarios, ó píldoras de seso de mosquito, con lo cual mueren los enfermos, despues de haberles rascado el bolsillo, eché, como digo, mi cuarto á espadas, escribiendo esta historia hipotética, que le ruego lea, antes de levantar la palmeta contra esta carta, sin piés, ni cabeza.

.....

Era la villa de Murviedro, en el último tercio del siglo XIV, una población populosa: dábale este caracter su antiquísimo castillo, cuidadosamente remendado diversas veces por los Reyes de Aragón, desde que el invicto D. Jaime I quitó la media luna de sus torres y baluartes, trocándola por la sagrada cruz. Los diversos conventos de frailes, iglesias y oratorios, diseminados en la ancha área que cerraba sus muros, eran lo suficiente para apreciar un vecindario numeroso, ocupado exclusivamente en el cultivo de los campos, desde que los hijos del desierto habian en ellos abierto canales, acequias y regueros, fecundando los pantanosos é incultos. Figuraba, entre los edificios religiosos, uno de modesto aspecto, sito en un retirado rincón de la parte menos concurrida de la villa, donde moraban las beatas de Santa Clara, cuya comunidad se componía de elevadas señoras que, huyendo de los falaces desengaños del mundo, trocaron las tocas por el velo, de inocentes doncellas, cuyos padres, perspicaces concedores de la sociedad en que vivian, prefirieron encerrarlas en el claustro, á darles un mal esposo que las hiciera infelices y derrochara la dote en los dados ó los

bolos; finalmente, de muchas que veían en aquella casa un asilo de quietud y recogimiento, donde libremente podían entregarse á la vida contemplativa: el rezo y la educación de la juventud, hé aquí la constante ocupación de aquellas santas mujeres. Por esta causa, y permitiéndolo las constituciones, las familias más elevadas de la nobleza valenciana, algunas de Aragón y no pocas de Cataluña, enviaban como educandas á sus hijas, plenamente convencidas de que saldrían unos dechados de virtud y expertas en mover la rueca, bordar en aljofar y manejar la aguja, en cuyos trabajos sobresalía aquella pacífica comunidad. Cuando algún vecino pasaba por las solitarias callejas, adonde caían las tapias del huerto, solía oír en las horas de asueto la nutrida gritería de sesenta ó setenta niñas, que corrían y saltaban dentro del jardín, y alguna vez, la más atrevida solía trepar, mientras la abstraída guardiana rezaba las horas canónicas, por un copudo naranjo, acerolo ó peral, y tiraba algún hueso ó fruta verde al transeunte, que al levantar la cabeza y ver un rostro sonrosado, al que servía de marco la toca monjil, unos ojos vivarachos y una alegre carcajada dibujada en aquellas infantiles facciones no podía menos de contestar con otra, perdonando de buen grado la travesura.

Las educandas suponían otras tantas familias, que de vez en cuando visitaban la población para hacerse cargo de sus adelantos ó pagar su pupilaje; no se prestaba la época á largos viajes, pero la bien probada fidelidad de ancianos escuderos, á quienes acompañaban cuatro ó seis vasallos armados hasta los dientes, era lo suficiente para cruzar veredas y caminos, poblados de malecheros, que con el ballestón tendido en el brazo y la mano en la nuez, humildemente os pedían la bolsa para remediar sus apuros. De este modo tenían noticias directas las familias. Otras veces, los romeros que iban á visitar el convento donde aún mora la milagrosa Virgen del Puig, aquella á quien el rey Conquistador hizo patrona del futuro reino que pensaba adquirir de los moros, contando con el poderoso esfuerzo de su brazo, llevaban en su zurrón un pequeño pergamino dirigido á la abadesa, rogándole diera al dador noticias del pimpollo de la casa y de los adelantos en las labores de su sexo: finalmente, los padres de la Merced, habitantes del convento del Puig, cuya movilidad era constante, puesto que así lo exigía el cargo de redentoristas que desempeñaban en el reino de Aragón, solían ser los portadores de noticias, dinero y chucherías de los padres de las educandas, si daba la casualidad que se hospedaran en sus moradas y manifestaran á donde se dirigían.

Por todas estas razones, los mesoneros de Murviedro respetan-

ban el convento, haciéndoseles agua la boca al hablar de las buenas madres, dechados de todo lo imaginable, especialmente en la confección de dulces jarabes, que, como cosa superior, solían obtener los obispos de Valencia y Tortosa, y los reverendos priores de las órdenes valencianas, para curarse la pletoridad, ó como refresco durante las calurosas horas del estío. La fama del convento en la confección de almibares y jarabes se había extendido mucho desde que cuidaba de esta faena una monja de obediencia llamada Catalina. Era la tal una antigua morisca nacida en la huerta de Gandía ó Conca de la Safor, como entonces se la nombraba, rica en variadas producciones, entre ellas la de azucar, que era la principal cosecha que obtenían los duques de Gandía y varones del Rebollet, dueños del territorio que formaba aquel dilatado y fértil país. En él nació Zulfa, nombre que tenía Catalina mientras profesó la religión de Mahoma, del matrimonio que formaron dos moriscos, siendo su padre un entendido cultivador de caña de azucar del pueblo de Benirredrá, cuyo corazón ardía un odio pertinaz contra los dominadores de su raza. Su afán constante era emigrar á país donde aún se empuñara el estandarte musulín, habiéndosele presentado ocasión propicia, tan luego murió su esposa, para trasladarse á Málaga, acompañado de su hija, agraciada jóven, por aquel entonces de escasos quince abriles, que le cuidaba con entrañable amor, sin reparar ni fijarse en las vihuelas que por la noche sonaban á la puerta de su casa, ni en los insistentes paseos dados en la calle donde vivía, por hijos de moriscos, en cuyas arcas contaban las vecinas que existían antiguos dinares árabes y florines de oro aragoneses.

Despreciando á todos y cifrando solamente su cariño en el autor de sus días, quiso acompañarle en el largo viaje que pensaba emprender á las costas andaluzas, buscando en Denia una galera que se dirigía á Portugal, haciendo escala en varios puertos, entre ellos el de Málaga, pero la Providencia tenía dispuesta otra cosa, contra la voluntad de los que subieron en la nave. Tan luego abandonaron á Denia, y antes de cruzar el Cabo de San Antonio, se desencadenó una violenta tempestad, acompañada de horrísono huracán; los marineros maldecían; algunos peregrinos, que pensaban visitar el sepulcro de Santiago, bajando en tierra lusitana, oraban en voz baja; Zulfa y su padre, amedrantados, permanecían silenciosamente asidos, en tanto que el patrón daba órdenes para ver de arrostrar el peligro. Tres días después de luchas terribles, de haber ido dando tumbos de un lado para otro, terminó aquel drama, encallando el casco desarbolado en una playa cubierta de

pequeños guijarros, y después de unas cuantas horas de lucha, en las cuales pudieron resistir las débiles tablas al empuje de las olas, vino á quedar todo reducido á un montón informe de astillas, cuerdas y cadenas, entre las cuales se veían los cadáveres de pasajeros y tripulantes. La playa era la de Murviedro; unos cuantos caritativos habitantes de su Grao, pequeña población compuesta de marineros y pescadores, que dista poco de la villa, se lanzaron á salvar á los náufragos, tropezando con el cuerpo de la hermosa Zulfa, que creyeron había sufrido la misma suerte que sus compañeros; más uno de estos intrépidos salvadores que se preciaba de entendedor de la medicina, por ser vecino de un astrólogo judío, con el cual sostenía estrechas relaciones, halló alguna vida en su desnudo pecho, y sin perder momento, fuese á llamar al judío, con el fin de que le prestara los auxilios de su saber. Vino este, y en tanto que notificaba á los marineros recogieran todo lo del naufragio, que el lo compraría á buen precio, antes de dar parte de lo ocurrido á los jurados de Murviedro, dijo que realmente vivía la mujer, mientras que sus compañeros habían perecido ahogados, dictando para la primera algunas medidas, una de las cuales reclamaba buena cama y mejor lumbre.

Prestóse á dar albergue á la náufraga una buena mujer llamada Inés, que habia acudido á la playa llena de curiosidad y con el deseo de ser útil á los desdichados, ya que su marido habia perecido sin socorro en una refriega naval sostenida contra las galeras genovesas, en las aguas de Cerdeña; y llevado á una modesta choza el inmóvil cuerpo de Zulfa, volvió de su letargo al calor del lecho y de un hermoso fuego que se encendió en la cocina. Su estado de postración le impidió hacerse cargo de la catástrofe que le habia ocurrido. Cuando tuvo conocimiento de ella, derramó abundantes lágrimas, sintiendo no haber muerto con su padre. Inés la consoló, haciéndola ver que Dios y la Virgen habrian salvado su alma, que tal vez gozaría de las delicias del Paraiso, á lo que Zulfa contestó, que su padre, efectivamente estaba en el Paraiso, pero no en el de los cristianos, sino aquel ofrecido por el Profeta á los fieles creyentes. Pidió á Inés le explicara una visión que habia experimentado antes de hundirse en el líquido elemento: vió flotar sobre las embravecidas olas un hermoso mancebo vestido de blanco y rodeado de luz por todos lados, que la dijo no temiera la muerte, pues para ella no habia sonado aún la última hora. De nada más pudo darse cuenta, porque el buque se hizo trizas, perdiendo el conocimiento, que no recobró hasta el instante que sus entumecidos miembros experimentaron el benéfico calor del lecho. Pen-

sativa quedó Inés al escuchar las palabras de la morisca: no comprendiendo su trascendencia, fué á consultarlas directamente con el anciano y sabio cura de Murviedro, que vió en ellas un aviso de la Providencia dirigido á salvar el alma de una infiel. Desde aquel día, rara era la tarde que el buen sacerdote no visitara la choza de Inés, teniendo largas conferencias con la morisca, que terminaron cuando esta recibió las redentoras aguas del bautismo, trocando su nombre por el de Catalina y entrando como monja de obediencia en el Beaterio de Santa Clara. Su humildad, su aplicación en las materias que la enseñaron, el ser incansable en los rudos y pesados trabajos que se la encomendaban, dió lugar á que la comunidad borrara la repugnancia que le causó su procedencia y la mirara como una verdadera hermana.

Al tener noticia que en su país habían confeccionado arropes, jarabes y almibares para los moriscos del lugar,—invención que según doctos escritores se debe exclusivamente á los árabes,—las buenas madres le dieron este encargo, fiando á su pericia la reputación del convento; y ella lo hizo de tal modo, que desde entonces eran más codiciadas las golosinas de Murviedro.

Una tarde, en que bajo la gran campana de la cocina se veían en correcta formación seis hermosos pucheros de barro negro, que los moriscos de Cuarte—los alfareros más reputados de este ramo de la cerámica, en el reino de Valencia,—hacían exprofeso para la confección de las confituras del monasterio saguntino, dentro de los cuales hervían dos variedades de almíbar que habían de enviarse como un obsequio al provincial de la Merced, residente en Valencia, abandonó la cocina la hermana Catalina, contra su costumbre habitual, al escuchar el sonido de la campana de la abadesa, que la llamaba para comunicarle algo urgente. Dejó la cocina y luego de cruzar el patio, donde en bulliciosos juegos estaban las educandas atareadas, subió con paso rápido las escaleras, á fin de presentarse á su superiora; esta le manifestó tuviera corriente el regalo que estaba confeccionando, puesto que á la futura mañana vendría á recogerlo un balletero, que, con otros del castillo, marchaba á Valencia á recibir órdenes del virey del reino. Regresó nuevamente á vigilar sus pucheros, cuando al meter el limpio cucharón de boj en uno de ellos, para mover el líquido que burbujeaba en su interior, tropezó con unos cuerpos extraños y duros, que en bastante cantidad hallábanse mezclados con el almíbar; sacó uno y vió con asombro que era un limoncillo, igual en tamaño á los que se criaban en los naranjos del patio; volvió á meter el cucharón y sacó otro, luego otro..... Visiblemente conmovida, ten-

tò todos los pucheros, encontrando en ellos tan extraño cuerpo. Loca, fuera de sí y sin saber qué hacerse, pensando en el grave aprieto que por culpa suya ponía á la comunidad, confusa ante el castigo que merecería por su descuido, comenzó á llorar amargamente, en tanto que un grupo de educandas, las mas talludas, haciéndose las distraidas, miraban por la colilla del ojo el efecto de la pasada que habían hecho á la *mora*, como ellas la llamaban.

Cuando las sombras de la noche comenzaron á invadir el aposento, salió de su estupor la hermana Catalina, y haciéndose cargo de la responsabilidad que sobre ella pesaba, se dirigió á participar lo ocurrido á la reverenda abadesa. Entre lágrimas y suspiros escuchó la relación, y para apreciarla mejor, quiso bajar a la cocina, después de haber impuesto como castigo á la descuidada monja, quince días de ayuno y doble disciplina, viéndose en lontananza mayor pena para la que se declarase autora de tan desgraciada travesura. Gran ira causó á la abadesa al destapar un puchero é introducir el cucharón; y sacar de su fondo un par de limoncillos de color verde, dorados y blandos, que mirò con desprecio, pero de pronto una idea luminosa le asaltó, y llevándolos á la boca, trocòse su faz irascible en contento: aquel fruto ágrío, de corteza aceitosa y amarga, se había convertido en un delicioso manjar, digno de una mesa imperial.

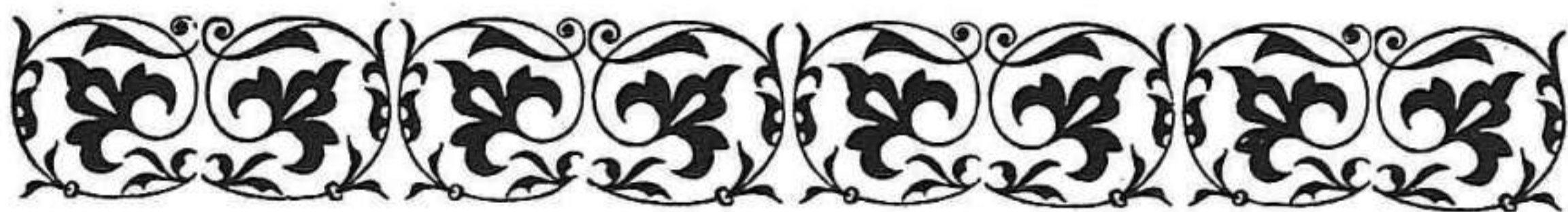
Trémula abandonó el cucharón, dirigiéndose con los brazos abiertos é estrechar á la hermana Catalina. Esta, en actitud humilde, los ojos bajos y las manos metidas en las mangas del hábito, esperaba una fuerte reprimenda. Al verla avanzar, cayó de rodillas, pidiendo perdón. Tan luego se enterò de lo ocurrido, dando rienda suelta á su curiosidad mujeril, catò otro limoncillo, y admirada, no pudo menos de atribuir á milagro lo ocurrido, clasificándolos como plato del cielo.

Al siguiente día, el balletero llevaba á Valencia, en dos orcitas cilíndricas, cubiertas de dibujos de reflejos metálicos, los primeros limoncillos en almíbar que fabricaron las monjas saguntinas; el que los recibió, miròlos primero con extrañeza, luego los probó él solo, convidando más tarde á dos íntimos amigos, y al mes siguiente remitía al convento, por persona de confianza, un pedacito de papel, que decía: «Envío á V. R. los escapularios y rosarios que me pidió, benditos por el propio obispo de Valencia. El dulce de limones que recibí, fué tan delicado, que causó mi admiración y la de los doctores de San Francisco y Santo Domingo, que, al probarlo lo clasificaron como superior á lo que de igual clase hacen los conventos de esta ciudad: no den á nadie lo receta, porque entónces todos lo harían...!,,

Tanta fama alcanzaron los limoncillos, que Juan I de Aragón, aquel monarca que la historia asegura era amigo de costumbres afeminadas y un tantico sibarita, quiso tenerlos en su despensa en cantidades fabulosas, prefiriéndolos á los almíbares que hasta entonces suministraba el Oriente, á los confites, nueces, grageas y otras mil postres que se presentaban en la mesa real, y que expreso se pedían á las regiones más apartadas; y claro está, que habiendo introducido los reyes aragoneses la costumbre de tener tan apetitoso manjar, los nobles lo tuvieron también en sus comidas y banquetes, naciendo de todo ello que la comunidad saguntina no tenía bastantes manos para satisfacer los pedidos de limoncillos que llovían de todos los lados de la península. De este modo, la fama, con su trompeta de oro, extendió las bondades de tan excelente golosina, que ha pasado despues de siglos, cataclismos y vicisitudes, una de ellas la de haberse convertido en 1580 la comunidad de Clarisas, en Servitas del Pié de la Cruz, hasta nuestros dias, sin que se adultere su receta primitiva, á pesar de ese constante afán que tenemos en nuestro país, de imitar lo ageno, abandonando lo propio, lo cual se debe á que dentro de aquellos claustros aún se respire la tranquila brisa de los pasados siglos.

Hé aquí reasumido, mi honorable amigo, cuanto puedo decirle sobre la historia de los limoncillos, los que merecían, para mayor alabanza suya, una pluma de corte español, que cantara sus glorias pasadas, presentes y venideras, toda vez que, mientras existan personas de *buen gusto*, han de subsistir contra ese diluvio de pastas, bombones, caramelos, etc., etc., que nos envían de varios países, y de los que nos atiborramos, solo por ser francés, italiano ó chino. Mucho podria adelantarse en esta empresa, si V., á pesar de ser extranjero, perdiera su afición á las cosas agenas, y amparando las de España, las diera á conocer á propios y extraños. Confía en que por el tiempo hará usted un cambio radical en su modo de pensar, según lo desean sus numerosos amigos, y entre ellos este Q. B. S. M. y se declara atento servidor,

JOSÉ VIVES CISCAR



NOTICIAS

SEGÚN leemos en el *Semanario de Palamós*, en el día ocho del actual se percibió en aquella villa, un movimiento sísmico de corta duración, precedido de ruidos subterráneos. La oscilación fué de abajo arriba y se sintió en mayor escala en el vecino pueblo de S. Juan de Palamós.

A propósito de terremotos en esta provincia, en la Memoria publicada en el año pasado por D. Juan Teixidor y Cos se lee que «á fines de Junio ó principios de Julio de 1882 se sintió uno en Arbucias y después se percibían como descargas de artillería repetidas y á fines del mismo año se notaron igualmente muchas oscilaciones, llegando á doce en un día, que continuaron con escasa frecuencia y menos intensidad en 1883.... el 28 de Febrero de 1884 á las 6 de la mañana se sintió en Arbucias otro temblor con ruidos subterráneos: pero comparativamente con agitaciones insignificantes»....

También ha publicado un interesante artículo titulado *Los volcanes de Olot*, el sabio naturalista D. José J. Landerer, en *La Ilustración española y americana*, sobre el que llamamos la atención de nuestros lectores.

La benemérita sociedad Orfeón Gerundense está procediendo actualmente al arreglo de su salón de lectura, habiendo mandado construir unas magníficas estanterías con sus correspondientes vidrieras para la colocación metódica de su material científico-literario. Por ahora se compone éste de las obras, revistas y papeles de la Asociación Literaria y de esta Redacción, así como de las pocas que posee el mismo Orfeón, pero tenemos presentido que en breve se aumentará el caudal literario y musical con una biblioteca popular que tiene solicitada del Ministerio de Fomento, cuya concesión espera obtener gracias á las gestiones de algunos señores diputados á Cortes por esta provincia.

Felicitemos cordialmente á los celosos individuos de la Directiva del Orfeón por sus gestiones al fin indicado y les anticipamos los plácemes por el interés que demuestran en pró de la cultura de sus numerosos consocios, muchos de ellos pertenecientes á la honrada clase obrera, tan digna de que se la proporcionen elementos de ilustración y honesto recreo.

ASOCIACIÓN LITERARIA DE GERONA

Aviso

Conforme se previene en el Artículo 9.º del Reglamento, á las 3 de la tarde del próximo domingo, día 19 del actual, tendrá lugar, en el salón de sesiones de este Excmo. Ayuntamiento, la Junta general para la renovación de cargos.

Lo que se hace público para conocimiento de los Señores sócios.

Gerona 13 de Abril de 1885.—El Secretario, *José Franquet y Serra*.